

Sidney Mintz

**Worker in the Cane**

Editorial W.W. Norton, New York, 1974  
[1960] 288 págs.

Versión en español: Taso. Trabajador de la caña, Río Piedras, Ediciones Huracán.

En el continente latinoamericano, la obra de Sidney Mintz, una de las más grandes figuras vivientes de la etnología caribeña y de la antropología americana en general, se conoce menos que la de su compañero de estudios en la Universidad de Columbia, colaborador y amigo de toda la vida, Eric Wolf. La obra de Wolf se concentra en las comunidades indígenas y campesinas del altiplano continental, como sitios de resistencia a y negociación con un sistema capitalista global exterior a ellas, estableciendo un paradigma hasta hoy hegemónico en la etnología latinoamericana. Mintz, en cambio, se especializó en las Antillas, con sus culturas e historias formadas en el crisol del comercio triangular, la esclavitud y la producción de azúcar. Debería estar claro que estas dos realidades regionales no son más que diferentes manifestaciones íntimamente relacionadas de la quincentenaria historia latinoamericana, pero no siempre lo es. De hecho, una de las muchas razones por las que vale la pena reconocer los aportes de Mintz a los estudios rurales latinoamericanos es que el ejercicio nos puede ampliar la visión estrecha de lo que es Latinoamérica -que nos impone la marginalización del Caribe-. Pero ampliarla también implica desarrollar nuevas perspectivas teóricas y metodológicas que nos acerquen a la complejidad del continente y, para ello, la obra de Mintz es fundamental.

*Worker in the Cane* (1974 [1960], publicado en español con el título *Taso. Trabajador de la caña* en 1988) fue la primera monografía de Mintz, pero no su primera contribución a la etnografía del Caribe. Bajo la supervisión de su asesor, Julian Steward (teórico de la evolución y de ecología culturales), trabajó en un

proyecto cuyos resultados aparecerían en un tomo de autoría colectiva, *The People of Puerto Rico* (1956)<sup>1</sup>. Organizado por la Universidad de Puerto Rico, el proyecto pretendía describir los cambios históricos y ecológicos que habían transcurrido en la isla desde el fin de la ocupación española, o sea, a una escala que para el enfoque en las relaciones cara a cara y sincrónicas de la antropología en esa época representaba un reto metodológico. Para enfrentarse a ello, Steward desplegó a sus estudiantes en toda la isla para que realizaran una serie de estudios comunitarios entre grupos escogidos por ser “representativos” de diferentes aspectos de la economía política de Puerto Rico: cultivadores de café, trabajadores en una plantación de azúcar, la élite, etc. El conjunto de estas piezas, se suponía, formaría un retrato de la nación entera. Para Mintz (y para el mismo Steward (1957:5), quien reconoce en la introducción al libro que “La cultura puertorriqueña... es más que un mosaico de sus subculturas”) este híbrido de métodos antropológicos con unidades de análisis sociológicas fue menos, no más, que la suma de sus partes. *Worker in the Cane* es la respuesta de Mintz a las inquietudes despertadas por este fracaso.

La propuesta del libro es en apariencia simple: es la historia de vida de Anastasio “Taso” Zayas, un hombre puertorriqueño de unos cincuenta años, que trabaja desde la niñez en el cultivo de la caña, siempre como empleado de alguna gran plantación, y que se convierte a la religión pentecostal en la madurez. La mayoría de la narrativa consiste en las palabras más o menos textuales de Taso, con sus idiosincrasias lingüísticas, su preocupación de hombre siempre al borde de la ruina con los montos exactos de ganancias y pérdidas de décadas atrás, y su orgullo de trabajador en precisar los detalles de las tareas

1 Julian Steward *et.al.*, 1956, *The People of Puerto Rico*, University of Illinois Press, Urbana, Illinois.

que realiza. La estructura de la narrativa, sin embargo, la pone Mintz, ordenando las diversas conversaciones que tuvo con Taso durante años en capítulos que siguen una cronología de vida lineal. Vemos a Taso aprendiendo diferentes trabajos con la caña, uniéndose a un partido político socialista como respuesta a un insulto del hacendado local y luego a otro y, al final, entrando a la iglesia evangélica que, según Taso, le quitó un dolor que tuvo desde niño y le cambió el sentido de la vida. Contrapuestos con el desarrollo de esta vida pública están las alegrías y los dolores de la vida en familia de Taso. Con su mujer, Elí, Taso tuvo a trece hijos, tres de los cuales se murieron en la infancia: el retrato de Taso como patriarca sufriente es el elemento que redondea su historia.

Menos sutilmente que en la estructura, se nota también la mano del etnógrafo en un capítulo que describe el barrio donde vive Taso, en la conclusión, y en cortas secciones al final de cada capítulo. Aquí Mintz sitúa las aseveraciones de Taso en su contexto histórico, material y cultural, a veces contradiciendo a su informante, como cuando balancea su insistencia en que el color de piel no importa en Puerto Rico (Taso es blanco) con observaciones que sugieren otra cosa (p. 95). Estas intervenciones dejan claro que para Mintz el tema central de la vida de Taso (aunque él mismo no lo diga) son los cambios radicales que se han dado en Puerto Rico bajo la ocupación y la colonización norteamericana.

En resumen, *Worker in the Cane* es una historia de vida modelo, entretenida y conmovedora, rica en detalles que nos hacen apreciar a Taso como hombre y sentir su entorno, y de mensaje intelectual y político bastante claro. Y de hecho, sirvió de modelo para muchas historias de vida más. Sin embargo, este perfeccionamiento de lo que podemos posteriormente reconocer como las convenciones de este género antropológico no debe cegarnos a lo innovador que fue. Como

Mintz señala en un prólogo a la segunda edición, ésta no fue la primera historia de vida escrita por un antropólogo, pero las anteriores “venían de sociedades del tipo llamado ‘primitivo’... los antropólogos no habían escrito casi ninguna biografía de una persona clase obrera occidentalizada”. Este rechazo a lo exótico y lo simbólico como materia propia de la “cultura” en su sentido antropológico a favor de algo que se podría llamar el materialismo histórico se deriva en parte del evolucionismo de Steward, pero transforma esta influencia en algo radicalmente distinto. Es tal vez difícil ahora apreciar el efecto silenciador que ejercía el mccarthyismo en la época en que Mintz escribió este libro, pero Mintz asegura que al hablar de “historia” o “clase obrera” y enfocarse en la economía política uno ya rozaba con sus límites. Aunque nunca menciona a Marx, *Worker in the Cane* abre la puerta a una antropología profundamente marxiana, que se contrasta fuertemente con la corriente “modernizadora” que imperaba entonces en la visión norteamericana del sector rural latinoamericano. Presentándonos a Taso como héroe proletario, Mintz urge a sus colegas norteamericanos a remplazar la prepotencia intelectual imperialista con la solidaridad política, ayudando a abrir una conversación entre norteamericanos y latinoamericanos sobre como se debe manifestar esa solidaridad que persiste hasta hoy.

Sin embargo, aquí me gustaría resaltar una herencia tal vez menos obvia que la política, es decir la metodológica. Después de tantas críticas a la antropología “tradicional” por su expropiación de las voces de sus informantes -y aún reconociendo la fuerte presencia de Mintz en el libro- es sorprendente darse cuenta de la multivocalidad *avant la lettre* que está en juego en este texto de hace casi medio siglo. En la introducción, Mintz incluye dos pequeños relatos que Taso mismo escribió sobre su vida que no coinciden mucho con la “historia de vida” que va a construir Mintz,

pero además de notar que los relatos “provocan muchas preguntas”, Mintz los deja hablar por sí mismos. Suele intercalar sus preguntas para Taso con las respuestas que da éste, y así podemos ver como a veces Taso se incomoda por ciertas insistencias de Mintz -sobre el sexo, por ejemplo (p. 163-165), o sobre su conversión a una religión con la que sabe que Mintz no simpatiza (capítulo 7). Con frecuencia le da la voz a Elí, la esposa de Taso, para presentar otra perspectiva sobre la vida familiar.

Esta franqueza sobre la producción del conocimiento es inusual, y lo fue aún más en 1960. Pero a Mintz le daría mucha rabia que alguien lo considerara como precursor de la corriente autorreflexiva y textual que se apoderó de la antropología norteamericana en los años noventa y que él despreciaba. Para él, exponer su relación con Taso como parte de su análisis sirve a otro propósito, que es insistir en la individualidad de Taso como persona, su no-representatividad de algo más allá de él mismo: “Taso... no es un ‘promedio’ -ni un hombre promedio, ni un puertorriqueño promedio, ni un trabajador de la caña de la clase baja puertorriqueña” (p. 11). Mintz está dispuesto a contextualizar la situación de Taso, pero no a convertir esta situación en un metónimo de algo más (una cultura, una comunidad o una nación). Las contingencias de

la historia de vida de Taso aparecen en esa historia porque son, irreduciblemente, parte de ella.

Esta insistencia es más que un rechazo a las comunidades “representativas” de Steward: es un principio metodológico positivo. Mintz quiere romper la cadena de tipificaciones, en la que una persona habla por una cultura, y una cultura por una nación, de la que muchas veces depende la argumentación científica social, sin remplazarla con un simple individualismo metodológico. Nos reta a investigar la realidad en toda su particularidad concreta: es decir, personas, cosas o eventos, sean cuales sean, figuran como ellos mismos en las relaciones sociales a través de diferentes escalas, incluyendo la del sistema capitalista global. Taso no es un trabajador de la caña promedio, sino un trabajador de la caña cuya vida ha sido forjada por las grandes corrientes de la historia norteamericana de manera visible, entendible, demostrable, hasta cuantificable. El gran logro de Mintz es comprobarnos esta verdad en un texto tan sencillo y lúcido que la tarea de trazar estas conexiones a través de tiempos y espacios vastos no nos parece difícil. Lo es -no nos engañemos- pero Mintz nos puede servir de guía en nuestras labores.

*Carlota McAllister*

Florencia Mallon

**Campesinado y nación.  
La construcción de México  
y Perú postcoloniales**

CIESAS, Colegio de Michoacán y Colegio de San Luis de Potosí, México, 2003 [1995].

Florencia Mallon realiza un análisis comparativo de la cultura y la participación política de los campesinos en las regiones de Mantaro y Cajamarca (Perú) y Puebla y Morelos (México) en la segunda mitad del siglo XIX, en el marco de la Guerra del Pacífico en los Andes y en el establecimiento del Imperio en México. Su objetivo es cuestionar la idea de que el nacionalismo fue impuesto a los campesinos por las elites, revelando la existencia de vertientes campesinas nacionalistas con nuevas prácticas discursivas que surgen en medio de la conmoción que producen las guerras por las invasiones.

La autora busca “descentralizar” la historia focalizada en el Estado hacia los escenarios locales donde se dan complejas relaciones de poder y en las que se insertan los sectores subalternos. Mallon compara el comportamiento de los campesinos de Mantaro que se oponen a los chilenos plegando al líder nacionalista Cáceres, con el papel pasivo de los campesinos de Cajamarca, que se subordinan a la élite regional. En Puebla, la cultura campesina integra un liberalismo de corte comunitario, en medio de una fuerte conflictividad regional, mientras que en Morelos las comunidades juegan con las elites, plegando a los liberales para luego negociar con el imperio y los conservadores a fin de defender sus derechos.

Frente a autores que desconocen la participación de los campesinos, ya sea porque enfatizan los cambios económicos o el protagonismo estatal, Mallon señala que la intervención campesina en el siglo XIX influyó en las agendas políticas. Ella considera que la cultura es una dimensión autónoma clave para entender esa participación, revelando que los procesos

políticos se sustentan en una serie de disputas y negociaciones sobre el sentido de los cambios, y en donde se pone en juego los mundos culturales de los campesinos y de las elites.

La autora chileno-norteamericana utiliza el concepto de hegemonía, tanto para captar los procesos al interior de las propias comunidades, como las relaciones de negociación y conflicto con las elites. Las diferencias entre los actores son negociadas en los espacios públicos, en los gobiernos municipales y las asambleas comunales, en las escuelas y las guerrillas contra los invasores. Así, utiliza el concepto de “hegemonía comunal” para estudiar los cambios internos en la autoridad indígena. Para ella, las diferencias sociales internas -jerarquías sociales, de género, de linaje- están en negociación mediados por intelectuales -curanderos, ancianos, políticos y maestros- (p. 96). Con la guerra, los campesinos se integran a la guardia nacional, comandados por jóvenes de nuevas generaciones que terminarán transformando el liderazgo tradicional de sus comunidades. Estos cambios conforman espacios más democráticos, modificando la jerarquía tradicional, en lo que llama Mallon “patriarcado democrático” (p. 202-210).

Pero las relaciones hegemónicas se dan también entre las elites regionales y nacionales y los campesinos, y tienen que ver con la configuración de un discurso nacionalista y liberal en los dos países. Para la autora no hay un sólo nacionalismo sino múltiples vertientes nacionalistas populares y democráticas, de curso regional, que no requieren “una” clase articuladora que sustente ese proyecto.

Para Mallon, el nacionalismo no es una ideología impuesta sino puntos de polémica en torno al cual debaten los diversos actores. Esta disputa debe diferenciarse del resultado, es decir, del momento en el que el discurso subalterno tiende a ser reabsorbido por el nacionalismo dominante y se afirma como discurso oficial, congelado en las instituciones, lo que sucede especialmente en México (p. 86).

La autora realiza un estudio comparativo que no sólo mira lo que pasa en el Estado, sino lo que sucede en la periferia, en donde las relaciones de poder asumen mayor complejidad. De esta manera el estudio cuestiona una visión focalizada en las elites, una ideología nacionalista y un poder central sin fisuras, en lo que la autora llama “descentrar la visión de la historia” (p. 5).

*Campesinado y nación* ubica una diversidad de actores, con diverso peso en las negociaciones llevadas adelante en los escenarios locales y nacionales. En la primera escala examina los tratos de los campesinos, los hacendados y los municipios en torno a la tierra, los ejidos o las competencias municipales. En la escala regional examina las transacciones entre los actores locales, los cabecillas regionales y las elites nacionales, donde se negocia la autonomía local frente a la centralización del Estado.

## Debates

El texto de Mallon, publicado en 1995 y traducido en 2003, se inscribe en una década de debates sobre el papel de los campesinos en América Latina. En primer lugar, el texto de Mallon confronta la visión estructuralista del trabajo de Heraclio Bonilla<sup>1</sup>, para quien la quiebra del guano y la guerra con Chile impidió la configuración de una clase dominante con un discurso nacionalista. Para Mallon hay varios nacionalismos, cuyo sentido es negociado en medio de relaciones de conflicto entre los campesinos y las elites. Para captar ese fenómeno retoma el concepto de hegemonía de Gramsci y se acerca a la versión de William Roseberry, en donde la hegemonía no es pleno acuerdo o aceptación ideológica sino el marco discursivo común<sup>2</sup>.

En segundo lugar, la autora se mueve en

una vertiente crítica de los estudios populistas y revisionistas mexicanos que tienen enfoques centrados en los episodios épicos nacionales o en el carácter omnipresente del Estado, en donde desaparecen las fisuras, conflictos y negociaciones que se dieron entre las elites nacionales, regionales y locales<sup>3</sup>. Mallon opta, como se ha señalado anteriormente, por un enfoque comparativo “descentralizado”, focalizado en los escenarios regionales y en la historia “de los de abajo”.

En tercer lugar, la autora debate con autores como John Beverly en torno a la pluralidad de los estudios subalternos. Este autor señala que Mallon cae en una contradicción pues busca rescatar el papel de los campesinos en la formación del Estado nación moderno, pero en vez de demostrar las disonancias con el nacionalismo dominante termina por demostrar que la relación entre ambos nacionalismos se sutura. “Así el texto esconde parcialmente lo que quiere hacer visible: la dinámica de negación que contiene la gestión subalterna”<sup>4</sup>. En esta apreciación coincide el historiador ecuatoriano Guillermo Bustos, quien advierte que Mallon se acerca peligrosamente a una lectura positivista de las evidencias, desde una perspectiva teleológica de la historia latinoamericana<sup>5</sup>.

Hay que señalar, en defensa de Florencia Mallon, que ella examina las vertientes campesinas en el marco de contextos históricos di-

1 Heraclio Bonilla, 1994, *Guano y burguesía en el Perú*, Flacso-Ecuador, Quito.

2 Ver Mallon Florencia, 2002, “Reflexiones sobre las ruinas: formas cotidianas de formación del Estado en México Decimonónico”, y Wiliam Rosberry, 2002, “Hegemonía y lenguaje contencioso”, ambos en Joseph Gilbert y Nugent Daniel, editores, *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, Era, México.

3 Ver Joseph Gilbert y Nugent Daniel, *op. cit.* p. 36 37.

4 John Beverly, 1999, *Subalternity and representation. Arguments in Cultural Theory*, Duke University Press, Duke, citado en Mallon (2003:63).

5 Guillermo Bustos 2002, “Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverly”, en Alberto Florez y Carmen Millán, editores, *Desafíos de la transdisciplinaridad*, Pensar, PUJ, Colombia, pp. 58-80.

versos, distinguiendo la suerte de los grupos nacionalistas subalternos del Perú, que son disueltos por las elites oligárquicas, mientras en México, las vertientes nacionalistas del campesinado son reabsorbidas parcialmente por la retórica nacionalista que legitimó al Estado.

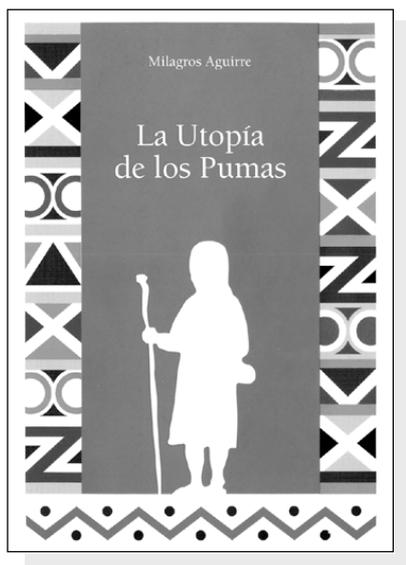
Por otra parte, el debate se da también a nivel metodológico entre los diversos autores de los estudios subalternos. Este debate gira en torno a la relación entre evidencia empírica e historia y, por tanto, al valor que dan a la lectura de los archivos o al trabajo de campo. En este sentido, el aporte de Mallon es significativo al inscribir los discursos en el mundo de la vida de los actores, las relaciones de hegemonía y los contextos sociales y económicos con un abundante sustento empírico.

A esto hay que agregar un cuarto debate que tiene relación con el carácter étnico de los campesinos: Romina Falcon, quien prologa el trabajo de Mallon, interroga sobre si el nacionalismo que defiende la autora chileno-norteamericana se trata de algo que está más allá de la comunidad, la hacienda o se trata de “la nación como comunidad imaginada moderna”. En este mismo terreno parece apuntar Mark Thurner cuando recuerda que los indígenas representaban a la república desde su vieja acepción colonial, como “república de indios”<sup>6</sup>. Al menos en el caso del Perú, estos señalamientos plantean un interrogante sobre la viabilidad de una alianza con actores blanco-mestizos y una propuesta indígena nacionalista, en condiciones de un rígido sistema gamonal y opresión étnica; hay que recordar que el propio cabecilla antichileno Cáceres fue el responsable de reprimir a los campesinos de Mantaro inmediatamente que salieron los chilenos.

*Santiago Ortiz*

---

6 Mark Thurner, 1996, “Republicanismo y la comunidad de los peruanos. Comunidades políticas imaginadas en el Perú andino postcolonial”, en *Histórica*, Vol. XX, No. 1, Lima.



Milagros Aguirre

**La Utopía de los Pumas**

CICAME, Quito, 2006

El relato en la *Utopía de los Pumas* es sencillamente cautivador. Este libro de autoría de Milagros Aguirre, periodista y editora ecuatoriana, transmite la vida de dos misioneros y su labor en beneficio de los pueblos indígenas afincados en las riberas del gran río Napo. Con lenguaje fresco, cercano, seductor, describe algunos episodios protagonizados por estos dos seres, de cuya existencia, hasta se podría dudar, por la magia que envuelve sus vidas.

La pobreza su doctrina, la humildad su convicción, la justicia y la equidad su lucha, el respeto su esencia, la naturaleza su más intensa expresión de amor, la dación su vida. Asís, “el Amor no es amado”, “el mayor privilegio no gozar de privilegio alguno” son algunos de los sistemas de representación a partir de los cuales organizan su vida en la selva. José Miguel Goldáraz y Juan Marcos Mercier abrazaron el pensamiento de Francisco de Asís y dentro de él concibieron sus mundos, surcaron ríos, abrieron caminos, y en las riberas del río Napo, en un efecto de simbiosis se

convirtieron en uno solo con los indios y la selva de la Amazonía; hicieron suyas, historia, cultura, mitos y espíritus.

Juan Marcos Mercier, canadiense, franciscano llega al alto Napo peruano en 1962 y José Miguel Goldáraz, español, capuchino al bajo Napo ecuatoriano en 1971. Era época de cambios profundos, que influyeron sensiblemente en la dimensión ideológica, en las actitudes y comportamientos políticos y en los conceptos y valores de la sociedad en el mundo. La preocupación por los otros como el nuevo nombre de la “paz”, las revoluciones trascendentes, la diversidad e intensidad de las manifestaciones culturales, la innovación del pensamiento católico desde su propia iglesia, incidieron en la configuración de una nueva filosofía de vida en estos dos sacerdotes.

Su nuevo escenario, la región amazónica, deslumbrante por su ensueño natural, indiscifrable biodiversidad, infinita variedad de hábitat, paisajes, ríos, aves y animales e insondable riqueza cultural. Hogar de una multiplicidad de naciones indígenas, con características, lenguaje y costumbres propias y una cosmovisión particular. Tesoro natural, absurdamente depredado por el hombre, violado por el poder, abandonado por el Estado, explotado indiscriminadamente por el interés privado, es la región del olvido, el espacio propicio para las reivindicaciones cristinas hacia la equidad y la justicia. Y es allí, precisamente, donde estos frailes se identificaron con la lucha de los indígenas por recuperar su dignidad, el derecho a su tierra, el reconocimiento de su identidad, de sus costumbres, tradiciones y valores, en suma, por lograr un sistema de vida autóctono y autónomo.

Perseverancia y constancia, cercana a la terquedad, astucia y habilidad, históricamente han caracterizado al euskaldún, entonces José Miguel Goldáraz es el arquetipo del vasco; en estos atributos, sumada la paciencia, radica su fuerza para su inagotable lucha. El

sueño empezó en Puerto Quinche. Aprendió rápidamente el kichwa, a la par que se internaliza con las costumbres indígenas. De esta manera, se facilitó su primera lucha, la primordial, redimir el derecho de los indígenas a su territorio, para cuyo efecto José Miguel empezó a reclutar líderes, de casa en casa, para estimular su formación y despertar la conciencia acerca de la redención y defensa de su heredad.

La segunda morada Pompeya, enclavada en la hondura de una selva que empezaba a “mudar su piel”, a vestirse de occidente, a descontrolarse. La intrusión de transnacionales petroleras y la incursión de “turistas”, generan rupturas a la postre irreparables. Este nuevo espacio constituye el punto de partida para nuevos emprendimientos.

Conjuntamente con los misioneros Camilo Mujica, Ángel González y Juan Santos Ortiz de Villalba, logra concretar la aspiración, jamás perdida, de monseñor Alejandro Labaka, crear el Centro de Investigaciones Culturales de la Amazonía Ecuatoriana, CICAME, importante núcleo de investigación y formación para el desarrollo de la región; además, fomenta la exhibición de las primeras piezas arqueológicas y sienta los cimientos del actual Museo de Pompeya.

Su labor en el ámbito de la organización indígena fue fructífera, colaboró en la organización de la Unión de Nativos de la Amazonía Ecuatoriana (UNAE), de la Federación de Comunas Unión de Nativos de la Amazonía Ecuatoriana (FCUNAE), y de la Unión de Campesinos de Orellana (UCAO). “Hay que reconocerlo, sin él, no existiría el movimiento indígena ni campesino en el Oriente”, de acuerdo a un testimonio recogido por Milagros Aguirre.

El mundo de las visiones, el que despierta los espíritus, el que embriaga, el que alucina, el que apodera, el que vislumbra, el de la búsqueda, en intenso ritual, aprehendió a Juan

Marcos Mercier y le bautizó *Coquinche*. El ayawaska le reafirma indígena porque según él no nació para tal, pero sí fue hecho, fue el bautismo que “ratificó su existencia”.

De la misma filosofía de Goldáraz, e imbuido por el espíritu originario franciscano Mercier abandona el dogma pastoral ortodoxo orientado que creía que el indígena debía aprender el español, para luego ser evangelizado, cuando descubre que ellos disfrutaban de su propia civilización y religión, que inmersos en entornos más cualitativos que los de occidente cada día se sumergen más en sus costumbres y mitos, en sus tradiciones y verdades para mirar a la vida con una mejor cosmovisión que la “nuestra”. Él también aprende kichwa pero con los napo-runas en la Amazonía peruana.

La profundización y trascendencia de la cultura de este nuevo mundo por él descubierto, paulatinamente se va convirtiendo en la razón de ser de su existencia. Le angustia el sometimiento de los indígenas.

En el impulso hacia una nueva realidad centró todo su esfuerzo. Fue tenaz en su optimismo, creyó en un amanecer distinto y con estas convicciones participó en proyectos trascendentes como el de la legalización de las tierras, la organización de los indígenas, la educación bilingüe, y la revalorización de los métodos, formas y usos de la medicina tradicional. Fue una ingente tarea, primero de inmersión para el aprendizaje, hasta que logró absorber de la sabiduría de los shamanes que el espíritu se encuentra en todo, que existe “una red de poder que constituye la base de toda vida”, que todo lo visible tiene espíritu y que éste es fuente vital por medio del cual se comunica con aquellos mundos invisibles, para luego, transmitir, accionar y lograr por ejemplo, que los kichwas soliciten al gobierno que extienda los documentos personales con nacionalidad peruana y los títulos de propiedad de sus territorios y además, reconozca a las autoridades kichwas.

Su influencia y trabajo fueron determinantes, el recuerdo de su obra y de su credo trascendentes “antes de que venga el padre solo había patronos, con él todo empezó y tenemos miedo de que sin él, todo termine”.

El testimonio de vida de estos dos hombres deja profunda huella, su mensaje trasciende e incita, impulsa a la lucha por la igualdad y el respeto, por la reivindicación de todos los pueblos olvidados o deliberadamente abandonados.

El libro es producto de una investigación de varios años, de una serie de conversaciones, entrevistas y de las propias vivencias de Milagros Aguirre con estos dos personajes y los habitantes de las riberas del río Napo en Ecuador y Perú.

En *La Utopía de los Pumas*, a partir del relato de la vida de estos dos misioneros, testigos de la historia de la región, al igual que de otras investigaciones realizadas por estudiosos de los pueblos de la Amazonía como Blanca Muratorio, Miguel Ángel Cabodevilla, Laura Rival, Philippe Descola, Anne-Christine Taylor, Jorge Trujillo, se ofrece una mirada de la forma de vida de los napo-runas, de la riqueza de sus mitos, tradiciones y costumbres, y se evidencia el abandono del que han sido objeto estos pueblos a lo largo de varias generaciones, el abuso, explotación e intolerancia de “patrones”, gobernantes, compañías petroleras, madereras, y aún de la propia iglesia católica, que han agredido y atropellado permanentemente a los indígenas; sin dejar no obstante, de plantear la utopía de que estos pueblos no están destinados a desaparecer.

*María Eugenia Rodríguez*



Teodoro Bustamante, Cristina Jarrín  
y Oscar Zapata

**Detrás de la cortina de humo,  
dinámicas sociales y petróleo  
en el Ecuador,**

FLACSO-Ecuador, 2007.

**Otra mirada sobre el petróleo**

Tal como se sostiene en el prólogo del libro, el tema de los efectos sociales, económicos y ambientales de la explotación petrolera tiene apologistas de un lado, y críticos apocalípticos de otro. Falta en el país un análisis mesurado que en función de información fiable pueda mostrar las diversas y complejas aristas que esta actividad ha dejado como huella en el Ecuador.

Y es que casi 4 décadas de exportación de hidrocarburos deben o deberían dejar algunas importantes lecciones sobre algunas preguntas latentes: ¿cómo se han distribuido los beneficios de la riqueza petrolera entre los ecuatorianos y entre los territorios?, ¿cuál es la magnitud del impacto socio ambiental del petróleo versus los beneficios logrados en el período y en relación a otras actividades productivas?, ¿qué ha significado la explotación

petrolera en términos de reducción de la pobreza, de ampliación de los servicios públicos o de crecimiento del PIB?, ¿qué nivel de participación ha tenido el Estado en la renta petrolera cuya producción ha sido contratada a empresas privadas?

Salir de los estereotipos o de los lugares comunes y de los prejuicios ideológicos sostenidos por intereses corporativos de distinta índole, constituye un aporte fundamental del libro a la hora de intentar una respuesta a estas preguntas. Y, como es lógico, detrás de la cortina de humo hay más bien un rico entramado de procesos ambientales, económicos y sociales, unos positivos, otros negativos y, quizás la mayoría, de aquellos que no resisten una valoración maniquea sino que deben ser interpretados a la luz de otros factores.

*Detrás de la cortina de humo, dinámicas sociales y petróleo en el Ecuador* publicado en la serie Cuadernos de trabajo de FLACSO Ecuador, con el aporte de PETROECUADOR, contiene tres capítulos, cada uno de ellos correspondientes a diferentes tramos de un estudio previo: a) el inicio de la explotación petrolera y tres variables estadísticas, b) indicadores sociales y petróleo en la Amazonía, y c) características de los contratos petroleros.

En el campo de las observaciones críticas cabe anotar que el subtítulo del libro “Dinámicas sociales y petróleo en el Ecuador”, así como algunas afirmaciones del prólogo brindan al lector una promesa un tanto ambiciosa que el texto no cumple del todo. Esto porque el estudio prioriza, en su segundo capítulo, una comparación de las dinámicas sociales y económicas de las provincias petroleras, Sucumbíos y Orellana, respecto de los indicadores de los otros territorios del país. Y en este campo el libro hace un análisis pormenorizado con múltiples aportes especialmente a la hora de analizar las fuentes empíricas. En cambio, en relación al potencial de cambio que los ingresos petroleros ge-

neraron en el país se encuentran más bien escasos elementos interpretativos, si bien resulta sugestiva la interpretación sobre las tendencias de crecimiento del PIB de la época petrolera, interpretación que consta en el primer capítulo.

Tampoco hay pistas sobre una valoración de los impactos ambientales, tema clave en el debate entre detractores y defensores de esta actividad productiva. Y el libro no analiza el flujo de recursos financieros de las petroleras transnacionales hacia las comunidades indígenas y de colonos, aunque sí realiza algunos acercamientos respecto al incremento de los ingresos en los gobiernos locales.

Por otra parte, la entrada metodológica que privilegia la comparación territorial desde los indicadores de pobreza, mortalidad infantil, analfabetismo, salud e infraestructura, podría dejar de lado una interpretación sostenida desde indicadores de riqueza. En otras palabras, el libro no analiza el proceso de acumulación de capital en los territorios petroleros, por ejemplo, en relación al número y tipo de vehículos por habitante, la actividad comercial, hoteles y restaurantes, centros de diversión, sucursales bancarias, crédito, etc. Esto resulta relevante, pues si restringimos el análisis a los indicadores de pobreza, no se entendería por qué las provincias de Sucumbíos y Orellana se mantienen como polos de inmigración y colonización y de mayor crecimiento demográfico en relación a las otras provincias de la amazonía, a pesar de que sus indicadores de pobreza son más altos. Esto último quizás explica las bajas tasas de dotación de servicios de infraestructura en las mencionadas provincias.

El capítulo tercero, referido a la contratación petrolera, profundiza en una compleja temática, más bien contrastante con los otros dos capítulos. Incluso podría afirmarse que esta parte del texto requiere de otro libro, tanto por la abundancia de información relevante, como por la diferencia en el tópico tra-

tado. Se analizan los diversos tipos de contratos, el porcentaje de participación del Estado y de las empresas en las rentas petroleras, la composición de los costos, la diversidad de los riesgos asumidos según cada tipo de contrato, la relación entre producción e impuestos, los beneficios de cierto tipo de contratos respecto a los precios internacionales del crudo y las tendencias de crecimiento en la explotación de hidrocarburos por parte de las compañías privadas.

Salta a la vista la complejidad del tema. Con esta información el lector puede interpretar algunos factores críticos para un análisis de los pros y contras de las contrataciones. También el estudio muestra lo que podrían denominarse “agujeros negros”, esto es, zonas acerca de las contrataciones y de las rentas sobre las que se carece de información transparente y que no permiten establecer con claridad cuestiones como márgenes de utilidad, relación entre impuestos pagados y producción, entre otras.

Un tema crucial es el tránsito entre los contratos de prestación de servicios implementados en los años ochenta, a los contratos de participación que actualmente son los dominantes. Los primeros, ideales con precios altos, mientras que los segundos, más convenientes con precios bajos. Y, entonces, resulta que la tendencia en el tipo de contratación no fue la conveniente para los intereses del país.

En definitiva, el texto en sus tres capítulos nos lleva de la mano hacia una reflexión equilibrada y sensata, que no parte de culpabilizar a determinado sector, sino que establece ámbitos de análisis, iluminados por información precisa. Lamentablemente, en este tema, algunos estudios académicos no han escapado de los prejuicios y de una fuerte sobre ideologización, abundando en un terreno fértil para el conflicto. Pues bien, este libro es una excepción.

*Patricio Crespo Coello*

Alicia Lindón, Miguel Ángel Aguilar, Daniel Hiernaux, coordinadores,

**Lugares e imaginarios en la metrópolis**

Editorial Anthropos, España.

Desde los años 60 y 70, el llamado “vuelco cultural” (S. Hall) ha intentado situar al centro de los estudios sobre la ciudad los modos complejos y, por lo tanto, interdisciplinarios, en los que los espacios urbanos adquieren significados y los deseos, sueños, paradigmas y estructuras de poder que sus habitantes proyectan sobre ellos. El espacio deja de ser un mero receptáculo de las actividades humanas, sino que se re-define como lugar, como “acumulación de sentidos” (p. 13), como materialidad dotada de contenido simbólico y, por lo tanto, como interpretable. En ese contexto, los habitantes simultáneamente crean a la ciudad como lugar y orientan sus acciones en ella a partir de sus imaginarios, las formas, imágenes, percepciones, textos y discursos con los que la hablan y la fantasean.

Sin embargo, a pesar de la importancia que tienen estudios de este tipo en América Latina -sería imposible soslayar los aportes de García Canclini, Rama, Romero, Sarlo, Martín Barbero, Giannini y tantos otros-, el vínculo entre los estudios sobre los imaginarios y representaciones sociales sobre la ciudad y los estudios cuantitativos desde el urbanismo, la geografía humana y la planificación urbana todavía son débiles, o así parecen pensarlos los autores de los ensayos incluidos en el libro *Lugares e imaginarios en la metrópolis*.

En cuanto propuesta, estos ensayos se definen explícitamente, si no al margen de estos estudios, sí, al menos, como una referencia a lo que el discurso académico, percibido como tradicional, ha dejado fuera. Ahí está la micro-historia, la subjetividad de lo cotidiano, de lo pequeño, puesta en relación, a veces excluyente, pero generalmente complementaria, con la macro-historia que cuentan las encuestas, los

informes periodísticos o las políticas oficiales. Así, la mayoría de estos textos incluyen afirmaciones y aclaraciones como “históricamente la arquitectura y la planificación urbana (...) han sido áreas ampliamente dominadas por los hombres. Como resultado de ello ha surgido una visión del espacio urbano homogéneo y ‘desgenerizada’” (p. 68), o “aun cuando la trama urbana de Santiago en el último decenio se ha tejido en torno a la inseguridad y el fenómeno se ha cuantificado, medido y difundido extensivamente, poco se ha indagado por los significados y creencias que han construido esta creciente inseguridad” (p. 109), que ponen en evidencia esta distancia, definida también como una carencia.

Se reflexiona sobre la fractura pero, sobre todo, se hace el ejercicio empírico de cruzarla, de aplicar las categorías de los estudios culturales urbanos a casos reales ya visitados por otros acercamientos metodológicos. Así los ensayos proponen una “reflexión con un fuerte espíritu interdisciplinario” (p. 9) en tres niveles: el marco teórico particular, las estrategias metodológicas adecuadas para cada análisis empírico y, por último, la “mirada holística” (p. 9) hacia la ciudad como lugar y los imaginarios urbanos.

La introducción propone tres recorridos temáticos -la construcción social de los espacios centrales, los espacios del miedo y la apropiación/pertenencia e identificación de y con los espacios públicos- que esta reseña conservará en favor de la coherencia en su análisis de algunos de los ensayos. Sin embargo, la ausencia de una división en capítulos y la repetición de ciertos conceptos, no necesariamente secundarios -como por ejemplo, la visualización de los medios como propagadores de imaginarios de ciudad, la relación y separación imaginaria entre el centro y la periferia, el vínculo entre espacios públicos y democracia en Iberoamérica o la experiencia estética como parte del proceso de identificación- sugieren la posibilidad de una lectura

más compleja en la que los ensayos pueden interactuar de maneras múltiples. De ahí una alerta al futuro lector: busque esas posibilidades de relación y no se limite a las definiciones que los títulos proponen.

### El centro: mapas y territorios

Que el mapa no es el territorio, como repetía Bateson citando al lingüista polaco Alfred Korzybski, que las representaciones que hacemos de la realidad no se ajustan a ella o, dicho de otra manera, que la realidad se nos escapa siempre por los bordes del lenguaje con la que intentamos pensarla y decirla, es la premisa central detrás de los artículos de este libro que tratan sobre el centro de la ciudad. En resumen, cada vez se hace más evidente que los modos en que pensamos el centro histórico de la ciudad tienen poco que ver con los usos que le damos.

Así, por lo menos, lo hace patente Armando Silva en “Centros imaginados de América latina”, que tiene como base los estudios sobre los imaginarios de trece ciudades iberoamericanas emprendidos por el Convenio Andrés Bello y que el propio Silva coordina. El ensayo propone una distinción inicial entre la ciudad material -la de los edificios y las calles y, en América Latina, cada vez más extensa y difusa- y el ser urbano, la urbanización, constituida por la imaginación del habitante que se sueña a sí mismo como ciudadano, como miembro de una comunidad con la que sólo puede aspirar a tener contactos efímeros, virtuales.

Uno de los modos más comunes en que los latinoamericanos imaginan sus centros es, precisamente, a través del choque entre ciudad y urbanización, entre territorio y mapa. Los espacios centrales y patrimoniales son percibidos como el fundamento de la identidad de la ciudad, son sus íconos, pero paralelamente estos son desocupados por desplazamientos

hacia los suburbios y tienen crecimientos poblacionales negativos. “Tal pareciera ser, entonces, que el proceso de urbanización en Latinoamérica aleja cada vez más a la ciudad de su centro mientras éste adquiere mayor relevancia a nivel simbólico y político” (pp. 55).

Esta contradicción da cuenta también de espacios con identidades duales: son los primeros lugares a los que los ciudadanos piensan en llevar a sus amigos o parientes extranjeros, pero en la cotidianeidad son los lugares que sólo visitan por obligación; son sectores llenos de gente durante el día, pero prácticamente vacíos en las noches; son el centro del poder político y económico, pero se los suele percibir desde los discursos del miedo y la inseguridad con la instalación de la policía como nuevos protagonistas urbanos. El centro se percibe, imaginariamente, como el “lugar del pasado” (p. 64) del que se siente nostalgia.

En ese contexto se sitúan los esfuerzos por reactivar los centros, recuperarlos como espacios de interacción ciudadana, que Silva menciona tangencialmente, pero que están en el foco del ensayo de Daniel Hiernaux: “Los centros históricos: ¿espacios posmodernos? (De choques imaginarios y otros conflictos)”.

En estos intentos se cristalizan y chocan dos modos de concebir los centros históricos desde fuera de ellos, sin consideración al punto de vista de sus habitantes: uno patrimonialista y otro moderno. La mirada patrimonialista propone la conservación de “las marcas físicas y de las manifestaciones culturales que estuvieron en boga en épocas anteriores” (p. 33), bajo el supuesto de que ese pasado común es parte fundamental del presente. En el acercamiento posmoderno, en cambio, el espacio pierde su sentido de lugar, se lo entiende como carente de historia, por lo que las marcas físicas de la ciudad se perciben como los retazos de otro presente, que puede ser sustituido, refuncionalizado y privatizado por uno nuevo en una yuxtaposición de estilos. Mientras el primer punto de vista, con su

foco en el sentido de lo urbano como público y compartido, permite acoger a los residentes y usos tradicionales de la ciudad, el segundo implica la eliminación de ellos, la marginación de lo que dio sentido simbólico a ese centro. Por lo mismo, el autor juzga de modo lapidario el modelo posmoderno, ya que considera que segrega, espectaculariza y desvincula el centro de sí mismo y su pasado. Como alternativa postula un modelo del que no da detalles concretos, basado en un imaginario patrimonial menos restrictivo en el que se ofrezcan “propuestas con sentido para transformar a los centros históricos en espacios que posibiliten un modelo distinto de ciudad y de sociedad” (p. 39).

#### La (in)seguridad: imaginarios topofílicos y topofóbicos de la periferia

Si bien se definió como asunto los imaginarios de la inseguridad, la aproximación concreta llevó a los ensayos, más bien, hacia un dibujo de los modos conflictivos en los que se aprehenden estos miedos en los bordes de la ciudad, tanto en los suburbios de clase media y alta como en las poblaciones de escasos recursos.

Precisamente, la distinción entre las connotaciones respecto de la segregación de los conceptos de periferia y suburbio sugieren la distancia entre los imaginarios del miedo entre los barrios acomodados y aquellos marginales en el artículo “Nosotros y los otros: segregación urbana y significados de la inseguridad en Santiago de Chile” de Rosa María Guerreiro.

Los significados y la vivencia de la inseguridad son disímiles entre ambos grupos: para los entrevistados de las comunas más pobres la ésta es resultado de la pérdida de referentes sociales y personales de seguridad como el Estado o el trabajo fijo, del estrés de una vida urbana rápida y ruidosa, del deterioro de las relaciones familiares, mientras para los de los

sectores más acomodados ésta es un resultado de la segregación urbana, en la que lo desconocido se percibe como causante de miedo, del individualismo y de la pérdida de los valores compartidos por ellos.

En ambos espacios, estas carencias se encarnan en un miedo a lo externo, a sus redes básicas. Para los sujetos de clase alta ése “afuera” es un espacio claro y definido: los barrios periféricos -un contrasentido si se considera que los suburbios acomodados se ubican en Santiago también en la periferia- donde residen un montón de estereotipos de los que sólo se conoce -y se necesita conocer- a través de lo que dicen los medios. Para los de clase baja “afuera” es un territorio indefinido y disperso -la calle, otros barrios, el transporte público- desde el que acechan tanto ciertos estereotipos como sujetos que pertenecen a la comunidad, pero que la ponen en conflicto -los jóvenes.

Este miedo al otro que se percibe como amenazante desde los intersticios de la ciudad es lo que, según Alicia Lindón en “Del suburbio como paraíso a la especialidad periférica del miedo”, lleva a una subversión del imaginario topofílico estadounidense del suburbio como un paraíso en el que, quien puede pagarlo, puede ser libre de fundar su propio espacio, su propia historia cerca de la naturaleza, lo suficientemente lejos de la ciudad como para no sufrir sus externalidades -ruido, tensión, velocidad- y lo suficientemente cerca como para disfrutar de sus beneficios -servicios públicos y comercio-. En los márgenes de la Ciudad de México, incluso entre los más pobres, se mantiene este imaginario como deseo, pero es resemantizado: el espacio y la libertad se convierten en desprotección y oscuridad desde la que el otro acecha; la naturaleza se traduce en precariedad. De ahí, recuperan López, Méndez y Rodríguez en “Fraccionamientos cerrados, mundos imaginarios”, que se configuren como respuestas defensivas como los fraccionamientos cerrados, las comunidades rodeadas de rejas.

Todas estas similitudes y tensiones en los modos de acercarse a la ciudad desde la inseguridad dan cuenta finalmente de un modelo “que incentiva la interacción entre grupos homogéneos social e identitariamente y el debilitamiento de un modelo fincado en la diversidad” (p. 114).

### Apropiación del espacio público: estética y poder

La última entrada al texto es más amplia y diversa, tiene menos coherencia interna: trata sobre las apropiaciones diversas a través de las que los ciudadanos viven los espacios públicos de sus ciudades.

Miguel Ángel Aguilar escoge la dimensión estética, entendida como “las formas significativas que emergen en la vida de la ciudad, formas que para acceder a ellas requieren, y son producto, de una sensibilidad generada en el contacto y tránsito en los espacios urbanos” (p. 137). Analiza, entre otras manifestaciones concretas de este acercamiento a la sensibilidad de la urbe, las representaciones de la fotografía periodística. En ella conviven los espacios de la noticia, lo excepcional, la ruptura, el choque, la invasión de los espacios por las multitudes y la exclusión del sujeto al más puro estilo benjaminiano, con los de lo cotidiano, con la recuperación de lugares en los que se sitúa al lector como transeúnte cómplice que descubre los reductos de una ciudad con aura desde la crítica, el juego o la denuncia.

El paisaje como manifestación de las disputas entre poder y esfuerzos ciudadanos contrahegemónicos es la preocupación de Camilo Contreras en “Paisaje y poder político: la formación de representaciones sociales y la construcción de un puente en la ciudad de Monterrey”. El autor analiza la construcción de un puente, por un lado, como una manifestación de la ideología dominante en la ciudad: Monterrey como representación de

la grandeza del capitalismo y el empresariado. Sin embargo, en contraste con esta imposición sobre el paisaje se instituyen otros discursos como la asignación de nombres paródicos a la estructura junto con otras manifestaciones alternativas, liminares sobre la escasa funcionalidad del puente, su carácter innecesario respecto de otras prioridades, de la percepción de que fue impuesto a los ciudadanos, de que fue una expresión de la distancia de las clases políticas con la contingencia y de su afán de dejar memoria de sí mismas y de que, a pesar de todo eso y como en otros casos similares, terminaría siendo un icono de la ciudad. Finalmente, un mismo objeto, que para unos es un sello de lucimiento es reinterpretado como “estrategia de los adversarios políticos para desacreditar a su creador” (p. 185).

Queda fuera, por falta de espacio, el análisis de otros de los ensayos del libro, pero valga recordar que comparten con estos su carácter de paseo por los recovecos de la ciudad junto y desde la subjetividad de sus habitantes. *Lugares e imaginarios de la metrópolis* abre la mirada hacia la complejidad de estas manifestaciones, de las posibilidades de recorrido que ofrecen las redes humanas que las componen y pone en evidencia las fracturas que se esconden en los estudios urbanos que no recuperan esta dimensión cultural. El lector encontrará esa disputa académica, jugada a través de los conceptos que quien haya incursionado mínimamente en el mundo de los estudios culturales encontrará a veces repetidos, junto con referencias a imágenes y vivencias de la ciudad latinoamericana en las que podrá reconocerse. La coexistencia de esos puntos de vista y la constante aparición de esas instantáneas de la ciudad hacen del libro una lectura sugerente.

*María Constanza Mujica Holley*

Profesora de la Facultad de Comunicaciones  
Pontificia Universidad Católica de Chile

Flavia Freidenberg

**La tentación populista: una vía de acceso al poder en América Latina**

Editorial Síntesis, Madrid, 2007, 287 págs.

El fenómeno del populismo en América Latina ha sido estudiado a partir de diversos enfoques, buscando responder dos tipos de preguntas: cuáles son las razones que dan origen al mismo y cuál es la naturaleza que define al populismo frente a otros fenómenos políticos. La *Tentación Populista* se inserta en la discusión sobre la definición del populismo y busca responder a estos interrogantes. En relación al primero, se sostiene que el populismo surge como resultado de la modernización de las sociedades -efecto de la transición entre lo tradicional y lo moderno- destacando su carácter momentáneo. Germani (1962) considera que el populismo sucede de forma casi automática en ese tipo de sociedades, presentándose como un fenómeno transitorio e imperfecto que, con el tiempo, produce necesariamente una forma de gobierno diferente y acorde con una sociedad moderna.

Como respuesta al intento de explicar el surgimiento del populismo desde el enfoque de la modernización, rechazando su sesgo teleológico y su conservadurismo, la perspectiva de la dependencia plantea, desde un análisis estructural, que el origen de éste descansa en la conformación de una alianza interclasista de sectores populares, clases medias y burguesía en confrontación con la oligarquía (O'Donnell 1972). Este enfoque entiende al populismo como resultado de la relación que se establece entre centro y periferia. Aquí también está presente la idea de que el populismo es una fase por la que atraviesa América Latina. La visión de la dependencia estudia la naturaleza de las políticas, tanto sociales como económicas, que los gobiernos implementan.

Una tercera aproximación a esta cuestión plantea que el populismo surge como resulta-

do de la crisis de instituciones de la democracia representativa, en especial de los partidos políticos. Siguiendo a Connif (2003), el neopopulismo, que el autor ubica en la década de 1990, cuenta con líderes más decididos a denunciar a los partidos políticos tradicionales, que sus antecesores populistas. Asimismo, plantea la falta de eficacia política, que inspira a los votantes a buscar líderes que se opongan al *status quo*, como una causa del surgimiento de los neopopulismos.

En relación a la segunda pregunta sobre qué es el populismo, se han elaborado diversas respuestas. Por un lado, se lo ha tratado como a un discurso ideológico. Laclau (2005) sostiene que se utiliza el discurso populista para constituir a los individuos en sujetos, a través de su interpelación en oposición al otro, que representa el orden social establecido. La principal crítica a este enfoque es que el populismo no se puede reducir sólo a una ideología política sino que es una práctica política, de ahí que las manifestaciones populistas pueden oscilar entre la izquierda o la derecha. Por otro lado, se ha visto al populismo como una forma social de intervención del Estado a través de la construcción de un proyecto basado en el discurso de lo nacional-popular, en donde se incluye a las masas como legitimadoras del proceso, relacionado éste con la transformación de las sociedades tradicionales en sociedades modernas (Vilas 2003). En este orden de ideas, la intervención del Estado se constituye en un conjunto de políticas públicas, en su mayoría de tipo social, que persigue el objetivo de integrar a grupos excluidos. Asimismo, se ha identificado al populismo como un tipo específico de políticas monetarias y de gasto público. Desde esta perspectiva, se lo considera como un modelo de intervención estatal basado en la estabilidad macroeconómica.

El populismo se ha estudiado como un tipo de estrategia política (Weyland 1999). A los efectos del análisis, explica al populismo

como una forma de ejercer el poder mediante el apoyo directo del pueblo sin mediación institucional. Por último, se ha asociado al populismo con la manifestación de una cultura política determinada que supone una forma de representación política. Este enfoque destaca el carácter relacional del populismo y supone definirlo en términos de relación social, donde se analizan elementos culturales como el vínculo entre el líder y los seguidores, la forma de actuar del líder, las percepciones de los seguidores respecto del líder, el modo en que el clientelismo contribuye al desarrollo del liderazgo, la cultura de los seguidores, entre otros. Es importante tener en cuenta que este enfoque incorpora las percepciones y acciones de los seguidores, quienes tienen un carácter activo, a diferencia de otras perspectivas que los interpretan como masas manipuladas y pasivas.

Lo reseñado permite observar cómo *La tentación populista* se ubica en el marco de la discusión más contemporánea sobre el populismo en América Latina, pasando revista al debate sobre este tema a la vez que analiza diferentes casos de la realidad regional a la luz de la teoría y en perspectiva comparada. La autora toma posición y define al populismo, desde una visión neoinstitucionalista, como un estilo de liderazgo, que se caracteriza por la relación directa, personalista y paternalista entre líder y seguidor, en la que el primero no reconoce mediaciones organizativas o institucionales, habla en nombre del pueblo y potencia discursivamente la oposición de éste con “los otros”; donde los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y creen que gracias a ellas y/o al intercambio clientelar que establecen con él (tanto material como simbólico) conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno.

El vínculo entre líder y seguidor puede basarse tanto en una fuerte identificación emotiva como en el resultado de las evaluaciones

que el seguidor realiza y que lo llevan a elegir a ese líder como la mejor opción de representación. Los valores, expectativas y discursos son tan relevantes como la creencia en la superioridad de ese líder. Esta idea también convierte al análisis en deudor de la perspectiva de la elección racional en la medida en que la forma como los seguidores perciben al líder y la relación que mantienen con él, suponen la maximización de sus beneficios individuales y/o colectivos; lo cual resulta clave para comprender las razones que motivan su apoyo.

El libro se estructura en veintiún capítulos distribuidos en cinco partes, seguidas de una reflexión final. En la primera, la autora realiza un esfuerzo teórico con el objetivo de conceptualizar el fenómeno del populismo a la vez que destaca los obstáculos que dificultan dicha tarea y establece los “requisitos mínimos” para ser considerado como tal. En las siguientes partes se propone una clasificación temporal según la cual se estructurará el resto de la obra y clasifica a diversos liderazgos latinoamericanos en tres grupos: los *viejos populistas* (México, Brasil, Argentina, Ecuador, Panamá, Chile, Perú, Colombia y Uruguay), los *nuevos neoliberales* (Menem en Argentina, Fujimori en Perú, Collor de Mello en Brasil y Bucaram en Ecuador así como las experiencias contemporáneas a ellas que no eran de carácter neoliberal como la de Palenque y Fernández en Bolivia) y los *contemporáneos*, que son los que obligan a un análisis actual del fenómeno con el que se vuelve patente de la vigencia del populismo en América Latina y demuestra la pertinencia de su estudio.

Los casos analizados evidencian que la manera de hacer política en la región se sigue dando a través de un vínculo estrecho entre líderes y pueblo, con un discurso personalista que busca incorporar a sectores excluidos, generando una nueva forma de representación populista. En ese sentido se estudian las experiencias de Chávez en Venezuela, Morales en

Bolivia y, finalmente, los casos de Noboa y Correa en Ecuador. El interés de la autora es mostrar cómo algunos liderazgos que suelen ser presentados como idénticos se comportan de manera diferenciada con respecto, por ejemplo, a la relación líder-seguidor, en el tipo de movilización empleado o al contenido de las políticas implementadas. Liderazgos como el de Morales y el de Chávez presentan más diferencias que semejanzas y la autora puntualiza en las mismas y sus consecuencias para la democracia.

No existe consenso en la disciplina a la hora de determinar qué tipo es la relación que se establece entre populismo y democracia. Por un lado, se encuentran quienes lo entienden como “una aberración de lo que deberían ser las prácticas democráticas”. Desde este enfoque, el populismo es visto como un obstáculo para la democracia, toda vez que afecta a la idea de representación al establecerse una relación estrecha entre líder y masas irracionales y anómicas que se dejan conducir por éste. Por otro, están quienes consideran que el populismo forma parte de la democracia y que ha aportado beneficios sobre todo en términos de incorporación de sectores excluidos y en el universo simbólico que ellos tienen. Al respecto, Freidenberg destaca aportes positivos y negativos del populismo para la democracia y sostiene que éste ha sido una fuerza fundamental en la democratización de América Latina y en la incorporación simbólica y efectiva de sectores que se encontraban excluidos tanto política como económicamente.

Al arribar al tema de la consolidación de la democracia en la región, la autora hace hincapié en el elemento decisionista de los populismos, que lleva a la configuración de democracias delegativas (O’Donnell 1992) en detrimento de las representativas. De todas maneras, se puntualiza la necesidad de considerar otras variables que pueden afectar la consolidación de las democracias latinoamericana-

nas y destaca la necesidad de tener en cuenta aquello que la gente piensa y que la lleva a tomar la determinación de delegar. La obra concluye con una discusión sobre lo que puede suceder una vez que el líder populista deja el poder. Así, entra en juego la variable de la consolidación democrática como determinante de los resultados que los gobiernos populistas produzcan sobre el sistema político. En democracias institucionalizadas se logrará procesar el populismo y absorber las demandas de los sectores representados por el mismo. En cambio, en las democracias débilmente institucionalizadas el sistema no logrará sobrevivir al populismo, teniendo en cuenta la incapacidad de satisfacer demandas sociales que pueden llegar a sobrepasar las instituciones y hacerlas entrar en crisis.

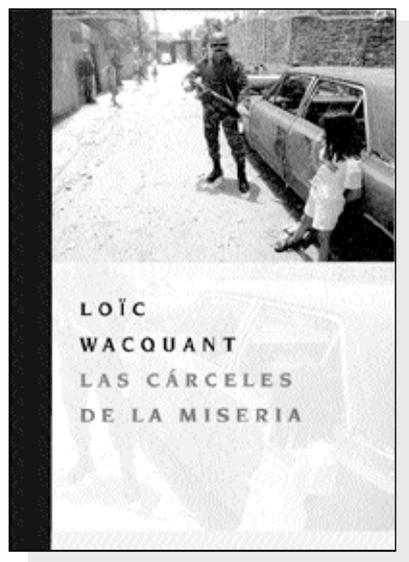
El libro da cuenta de que el debate sobre el populismo continúa vigente y cumple en establecer un diálogo entre teoría y realidad presentándole al lector una visión completa y multidimensional sobre la evolución y la vigencia del populismo en América Latina. En este sentido, *La tentación populista* constituye un valioso aporte al estudio de los sistemas políticos de la región así como una importante herramienta de aproximación a los acontecimientos más recientes de la política latinoamericana, y cuya lectura permite reflexionar, de manera comparada y a través de casos concretos, sobre la relación conflictiva y pendular entre populismo y democracia.

*Margarita C. Batlle*

#### Bibliografía

- De la Torre, Carlos, 2001, “Redentores populistas en el Neoliberalismo: nuevos y viejos populismos latinoamericanos”, en *Revista Española de Ciencia Política*, No. 4 (abril), AECPA, Madrid, pp. 171-196.
- Germani, Gino, 1962, “Clases populares y demo-

- cracia representativa en América Latina”, en *Desarrollo Económico*, Vol. II, No. 2.
- Conniff, Michel, 2003, “Neopopulismo en América Latina. La década de los ‘90 y después”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. XXIII, No. 1, pp. 31-38.
- Laclau, Ernesto, 2005, *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica. México.
- O’Donnell, Guillermo, 1992, “¿Democracia Delegativa?”, en *Contrapuntos: ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Paidós, Buenos Aires.
- , Guillermo, 1972, *Modernización y Autoritarismo*, Paidós, Buenos Aires.
- Vilas, Carlos, 2003, “¿Populismo reciclado o neoliberalismo a secas? El mito del neopopulismo latinoamericano”, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, N° 3, Vol. 9, Caracas, pp. 13-36.
- Weyland, Kurt, 1999, “Neoliberal Populism in Latin America and Eastern Europe”, e *Comparative Politics*, Vol. 4, No. 31, pp. 379-401.



Loïc Wacquant

**Las cárceles de la miseria**

Manantial, Buenos Aires, 2000, 186 págs.

El temor invade a nuestra sociedad. Se teme a la agresión personal o al robo, a los accidentes o a las catástrofes (naturales o no). La soledad, el anonimato, generan frustraciones y miedos, pero también la pérdida de la intimidad, la multiplicación de los controles sociales. Las grandes concentraciones humanas pueden llegar a dar miedo, pero también lo dan las ciudades vacías en los fines de semana o durante las vacaciones. Los centros comerciales substituyen a las calles y a las plazas. Las áreas residenciales socialmente homogéneas se convierten en fortificaciones cerradas. Los sectores medios y altos se protegen con policías privados. Los servicios privados predominan sobre los públicos.

Los temores del ciudadano, algunos con existencia objetiva, como aumento de la delincuencia, las expresiones diversas de la violencia urbana, el deterioro ambiental, la falta de empleos, etc., y otros producto de ideologías de clase o de grupo, el temor a los homosexuales, a los pobres como direc-

tamente responsables de los males que aquejan a las sociedades, son apoyados y sustentados la mayoría de las veces por los medios de comunicación que operan como intermediarios para realizar una lectura de la realidad (Reguillo 1998:26)<sup>1</sup>.

Existe un conjunto de situaciones concretas que se viven en las ciudades actualmente y que provocan ese sentimiento de inseguridad por parte de los ciudadanos, pero que además (de manera peligrosa) están siendo utilizados como justificación para las medidas de control y vigilancia que se están implementando en los países.

Una de estas medidas aparece en los años ochenta en Washington y Nueva York, donde se busca instalar una nueva razón penal. Los organismos de Estado implementan políticas penales ultra represivas, con alta participación del sector privado, construyendo una nueva *doxa* punitiva. El libro *Losing Ground*, de Charles Murray<sup>2</sup>, se convierte en un verdadero catecismo de los luchadores contra la violencia social. El texto abre el camino para la popularización de discursos y dispositivos represivos contra los “desórdenes” protagonizados por pobres. Desde ese entonces se dan una serie de producciones que sustentan y enfatizan este tipo de discursos, y que ubican el origen de la miseria norteamericana en la anarquía familiar de los pobres, quienes acceden a un asistencialismo social que pervierte el deseo de trabajar, daña la familia patriarcal y deteriora el fervor religioso. Estas políticas son

un instrumento de legitimación de la gestión policial y judicial contra la pobreza. Ante las medidas propuestas, la sociedad norteamericana reacciona favorablemente, sobre todo si se trata de mantener el equilibrio económico y preservar la seguridad que se ve amenazada por estos nuevos pánicos morales, provocados por las violencias urbanas cuya emergencia se adjudica a los denominados “barrios sensibles”.

A partir de estas exposiciones se arman las principales líneas de trabajo que harán de Nueva York el centro mundial de la difundida práctica de la “tolerancia cero”, que perseguirá a la delincuencia juvenil, los mendigos, los vagabundos, los niños de la calle, los vendedores ambulantes, los invasores extranjeros, con el fin de alejarlos de los centros urbanos. William Bratton, responsable de la seguridad del Metro de Nueva York y jefe de la Policía Municipal ejecutará su trabajo orientándose por este camino, advirtiendo claramente: “yo sé dónde está el enemigo”. Los enemigos de este experto son aquellos a los que considera parásitos que generan la decadencia social y moral de la ciudad, estos son los *squeegee men* (gente que acosa a los automovilistas), los pequeños vendedores de droga, las prostitutas, los vagabundos, los mendigos y los jóvenes graffiteros. Y se dedica a luchar contra sus nocivas prácticas: tráfico, ruidos molestos, amenazas, suciedad, ebriedad. Bratton considera que los pequeños crímenes pueden desembocar en crímenes mayores que se escapan al control de las instituciones. Desde 1994, la “tolerancia cero” conocerá un inmenso éxito que se propagará rápidamente hacia Europa.

Con estas condiciones de fondo, Loïc Wacquant busca un acercamiento a lo que esta política ha significado tanto en EEUU como en Europa y su actual expansión hacia América Latina. Su interés está en en-

1 Rossana Reguillo, 1998, *Mapas nocturnos*, Ediciones Siglo del hombre, Santa Fé, Bogotá.

2 A quien Loïc Wacquant define como politólogo de reputación mediocre, ex gurú de Reagan. Murray recibió 30 mil dólares para escribir durante dos años *Losing Ground: American Social Policy, 1950-1980*. Luego de su publicación, se hizo una inmensa publicidad del libro con la participación de periodistas, burocratas, y especialistas. El *Manhattan Institute* realizó un simposio lanzándolo a la fama.

tender los procesos de marginalización urbana en las grandes ciudades y las respuestas institucionales ante estos. El autor analiza la miseria, el delito y la marginalización como una producción social inevitable de una sociedad que progresa, donde esta idea de producción implica que todos los actores intervienen en tanto agentes, y la respuesta que genera por parte de las instituciones es la constitución de un “Estado penal” con un discurso que criminaliza la miseria y la marginación, y cuya expresión más clara es el aumento de las poblaciones carcelarias y el creciente reclamo de la “tolerancia cero”.

La edición del libro que aquí se reseña fue realizada para América Latina, y surge a partir de dos visitas de William Bratton a Buenos Aires, la última en enero de 2000. En estas visitas, a más de publicitar la “tolerancia cero” como política efectiva para la reducción de la criminalidad basada en una “limpieza de clase” (class-cleansing), Bratton difundió los servicios de su empresa privada de asesoramiento, First Security, y realizó visitas a dos barrios bonaerenses de mala fama, promulgando su patentada idea de que “la desocupación no está relacionada con el delito” (Wacquant 2000: 11).

*Las cárceles de la miseria* está dividido en dos partes. En la primera, Wacquant descubre los orígenes de una nueva “sensatez penal”, que propone un proyecto de ordenación social de carácter neoconservador, impulsado por los *think tanks* norteamericanos. En la segunda parte, el autor sitúa este discurso en el contexto de una transformación mayor, que trasciende a los Estados Unidos, dirigido al nuevo papel del Estado en el manejo de los problemas asociados a la marginalidad y la pobreza: la criminalización de la miseria y su consecuente penalización. Se responsabiliza al excesivo asistencialismo estatal de fomentar la pobreza y la descomposición social, donde se ubica al

germen de las violencias que aquejan a las ciudades. Hay que dar la espalda a las “políticas comunitarias”, es lo que se resume en la “tolerancia cero” de Bratton. Es por tanto necesaria la transformación -en términos de Wacquant- del Estado providencia al Estado penitencia. Este Estado funcionará como un dispositivo que, al igual que las instituciones disciplinarias de Foucault (1998)<sup>3</sup>, se ejerce sobre el cuerpo de los ciudadanos a fin de hacerlos dóciles, útiles y neutralizar (o excluir) a sus elementos nocivos y potencialmente peligrosos. El Estado le declara la “guerra al crimen” en busca de la “reconquista” del espacio público.

Sin embargo, como analiza Wacquant, esta política social carcelaria en EE.UU. ha traído una serie de consecuencias: el aumento exorbitante del número de encarcelados en un período en que la criminalidad se estancaba y luego retrocedía (hiperinflación carcelaria), un incremento sostenido en la cantidad de personas en manos de la justicia, en las antecámaras de la prisión, el crecimiento desmesurado del sector penitenciario dentro de la administración pública (que implica el incremento del gasto en el sector penal, cubierto gracias a la disminución del presupuesto invertido en el sector social), la privatización del encierro, que genera una prosperidad de la industria privada de la prisión, y finalmente lo que el autor denomina una “política de *affirmative action* carcelaria”, que se traduce en el ejercicio preferente de la política punitiva sobre las familias y barrios excluidos, particularmente los enclaves negros de las grandes ciudades. Situación que “delata, ante todo, el carácter fundamentalmente discriminatorio de las prácticas policiales y judiciales llevadas adelante en el marco de la

3 Michel Foucault, 1998, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Madrid

política de ‘ley y orden’ de las dos últimas décadas” (p. 101).

Wacquant cierra su libro con un Posfacio que lleva por título “El advenimiento del Estado penal no es una fatalidad”, dando una posibilidad para revertir esta corriente: ya que la utilización de los dispositivos penitenciarios con fines de control social es producto de ciertas decisiones políticas a las cuales es posible oponerse, existe por tanto, la opción de proponer y construir una política social alternativa, que reivindique los derechos sociales y económicos de las personas y promueva el mejoramiento de la calidad de vida en las ciudades.

Dentro de los aportes del trabajo de Wacquant están las sucesivas advertencias que nos hace ante las nuevas prácticas de “social-panoptismo” extendidas desde Estados Unidos hacia Europa, pero que también están encontrando eco en Latinoamérica, asociado a una administración penal de la pobreza urbana. La lectura que se da a las condiciones actuales de inseguridad, así como el sentimiento que la acompaña, está desprovista de una mirada que abarque la complejidad y multidimensionalidad del fenómeno social que se vive actualmente y esto propicia las respuestas institucionales de “sentido común” penal que apuntan a la criminalización de la miseria y, a partir de esto, la conformación de un Estado policial y la privatización de las cuestiones de seguridad, que van configurando un marco paulatinamente más represivo en el que se desarrolla una sociedad que tiene cada vez más miedo.

*María Augusta Espín*

Estudiante del Programa de Antropología,  
Flacso-Ecuador